

crónica

Revista de
la semana
Redacción
y Admon.
Hermosi-
lla, 73.
Madrid

Direct.
ANTONIO
DE LINARI



Un héroe madrileño.

Pepe Redondo, el joven y heroico aviador chamberlino, cuya hazaña en el frente de Aragón ha sido citada en el parte del Ministerio de Defensa Nacional, y es objeto de la interesantísima información que se publica en este número de

© Biblioteca Nacional de España

EL MARTIRIO DE MADRID



Algunos de los destrozos causados por los proyectiles de los cañones facciosos en los edificios de Madrid durante el reciente bombardeo sufrido por la población civil de la capital de la República.

(Fots. Videa)

crónica

© Biblioteca Nacional de España

MADRID, CANTERA DE HEROES

Aquel chiquillo que ayer jugaba en la plaza de Olavide, y que hoy realiza proezas en el cielo de la España republicana...

«... Merece destacarse en este combate la proeza realizada por el joven sargento de reciente promoción José Redondo, hijo del ex alcalde de Madrid Cayetano Redondo. En combate con un Fiat, Redondo lo derribó, no obstante haber recibido su aparato gran número de balazos de ametralladora, varios de los cuales le destrozaron el ala izquierda. Después de derribar al Fiat, Redondo llegó con su aparato al aeródromo de partida, que se hallaba a bastante distancia. Los técnicos no aciertan a explicarse bien cómo con las averías que su avión tenía pudo Redondo, que además había sido levemente herido en una pierna, alcanzar el aeródromo.

El ministro de Defensa Nacional felicitó al heroico aviador, y en el mismo campo, ante todo el personal de las escuadrillas de caza, le concedió el ascenso a teniente...

(Del parte oficial del Ministerio de Defensa Nacional del día 26 de Agosto de 1937.)

No le han cambiado los años.

Es el mismo. Han pasado unos años, no muchos, y ahora, como entonces, tiene abierta la risa, alegre el gesto, audaz la mirada. Le veo, a través de los tiempos, salir de la escuela, llegar al hogar de los padres en aquel acogedor pisito de la calle de Gonzalo de Córdoba—hogar de lealtades y rectitudes inquebrantables—, pedir la merienda y salir rápido a reunirse con los mozos de la vecindad para corretear, como un jilguero más de la bandada, por Olavide, Luchana, Cardenal Cisneros, Plazuela de la Iglesia; por todo el barrio luminoso de Chamberí. Después, estudios aprovechados, voluntad indomable por saber, asimilación de todos aquellos altos valores morales y hombría de bien de su padre, el veterano luchador socialista Cayetano Redondo, uno de los mejores alcaldes que ha tenido Madrid.

Más tarde aparece en la Administración de *El Socialista*. Trabaja con fervor, se dobla horas y horas sobre la tarea, demostrando de manera magnífica que no le asusta la obligación.

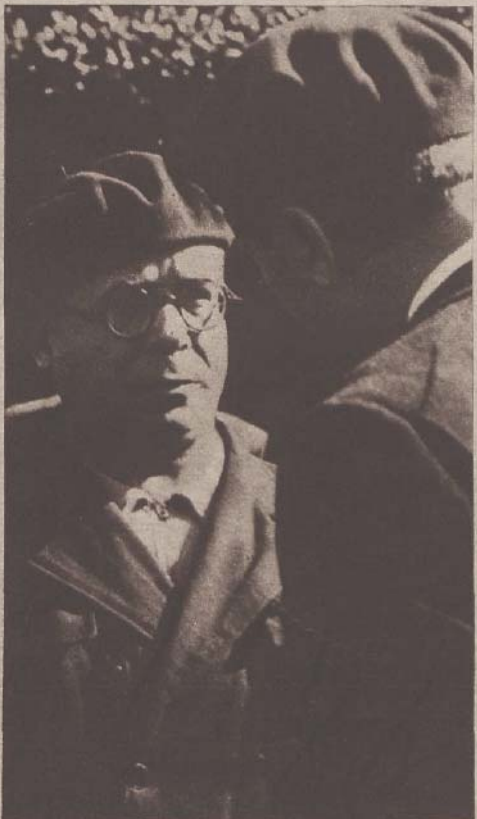
Surge la guerra, con todo el cortejo siniestro de sublevación contra la República, y el mozalbete, con gesto decidido y firme el ánimo, corrió a enrolarse en la defensa de la democracia. Cuando llega a casa, sin abandonar la alegría, advierte, sereno, a sus padres: —Me voy a defender la causa. Me he alistado en las Milicias. Esta noche me iré a la Sierra.

Y fué a la Sierra. Peleó con bravura, con gallardía y con ahelos que sólo los puede calibrar el que tiene plena conciencia de que está defendiendo su vida, su porvenir y la santidad de su hogar y de sus mujeres. Vió, sin perder el entusiasmo ni enturbiarse su fe, cómo el plomo enemigo segaba la juventud triunfante de su hermano mayor. Besó su frente rota y pálida como un lirio tronchado, y siguió peleando con mayor ardimiento.

Desapareció de los frentes al apuntar la primavera. Fué un mutis rápido. Pero el hijo del que entonces era



El joven sargento aviador Pepe Redondo preparándose para salir a realizar la hazaña que le valió la felicitación del ministro de Defensa Nacional y el ascenso a teniente.



Al referirse a la hazaña de su hijo Pepe, Cayetano Redondo, el que fué uno de los mejores alcaldes de Madrid, dice, sencillamente, a nuestro compañero Quilez: —Mi hijo ha cumplido con su deber...

regidor mayor de la Villa del Oso no fué a buscar la tranquilidad de un destino. Estaba destinado a más altas hazañas; había de ser la comidilla de las cmandres del barrio chamberilero, que ahora tienen un héroe auténtico, ensalzado en la tajante prosa de un parte del Ministerio de Defensa Nacional.

“Es el mejor de la promoción...”

Apareció el chiquillo que jugaba en la plaza de Olavide en una de las Escuelas de nuestra gloriosa Aviación militar. Era el mismo. Su risa, su gesto alegre, su mirada audaz, su aplicación en el estudio, su constante afán de cumplir el deber, su actividad incansable en la tarea, ahora más difícil y más peligrosa. Como con los chicos de la vecindad de la calle de Gonzalo de Córdoba, ahora, con otra nube de muchachos llegados de Castilla, Andalucía, Levante, Cataluña y Aragón, jugaba sereno con la muerte, que a cada paso le acechaba. Pronto se destacó de la bandada. No era un jilguero, como antaño, sino un magnífico alcotán, que volaba sin descanso, descubriendo audaz todos los misterios de la comba azul del firmamento, rasgada por las alas de su aparato de aprendizaje.

Lo vi hace tres meses. Alto, espigado, fuerte, abierta la risa y franca la mano curtida por el aire y el sol, en interminables vigiliass sobre los mandos del avión.

—Estoy desatinado, esperando el alta para incorporarme a los «cazas»—me dijo al descender del aparato, después de una prueba seguida con aclamaciones de entusiasmo por todos sus compañeros.

Al salir, uno de los profesores me anunció: —Ese muchacho es el mejor de la promoción. No lo hubo mejor en ningún curso desde que empezó la guerra. Pronto saldrá de aquí, y tengo la absoluta seguridad de que dará días de gloria a España y satisfacción al Mando.

Y no se ha equivocado el ilustre profesor. El parte oficial del Ministerio de Defensa Nacional del día 26 de Agosto de 1937 comienza la confirmación de sus augurios con respecto al mozo de Chamberí.

“¡Enhorabuena, teniente Redondo!”

Nos han contado la proeza. Salí al romper el día, preñado de luz, bajo un calor agobiante. Su «caza» marchó, como siempre, en busca de los buitres negros que ya saben de los tarzapos del piloto chamberilero. A las ocho dió vista a una escuadrilla de Fiat. Corrió, seguido de otros aviones leales. Se entabló una lucha tenaz, terrible, a mil quinientos metros de los ribazos aragoneses. El «caza» del «chaval» de la calle de Gonzalo de Córdoba, volatineando magistralmente, se encaramó sobre el avión del jefe de la escuadrilla fascista y abrió un terrible fuego. Le contestaron el agredido y los que acudieron en su auxilio. Contra todos se enfrentó el heroico muchacho. Los proyectiles faciosos acribillaron el «caza», le rasgaron el plano izquierdo, le atravesaron una pierna al piloto. Hizo un último y supremo esfuerzo, y su ametralladora derribó al avión del jefe rebelde. Los restantes aparatos faciosos salieron huyendo. El piloto de Madrid enderezó su «caza» y tomó rumbo al aeródromo. Rechinaba, amenazando partirse en dos, su aparato. Le vieron llegar, espantados, colgando casi el ala izquierda. Tomó tierra magistral, perfectamente. Todos corrieron a su encuentro: oficiales, jefes, compañeros, soldados. Saltó a tierra, y pálido, desencajado, marchó con paso firme hasta el jefe del aeródromo.

—Sin novedad el sargento Redondo. A las ocho diez y siete he atado un Fiat sobre la zona X—afirmó el piloto, sin darse cuenta de que el jefe (ya tenía éste conocimiento de la magnífica proeza) estaba viendo cómo saltaba la sangre a borbotones a través del «mono» blanco del piloto de Chamberí.

—Perfectamente. Enhorabuena, teniente José Redondo. Y ahora, a curarse ese balazo que tiene usted en la pierna—exclamó el jefe del aeródromo, al tiempo que le abrazaba paternalmente entre las aclamaciones de los presentes, en el emocionante y sencillo acto.

El teniente Pepe Redondo, en brazos de sus compañeros, fué llevado al botiquín, donde los médicos le curaron el balazo, leve, por fortuna.

Mientras esto sucedía, el reportero hablaba con el ex alcalde de Madrid Cayetano Redondo, viajero por estas tierras en busca de soluciones para los problemas del pueblo de sus amores:

—Mi hijo Pepe ha cumplido con su deber. Todos hemos de cumplirlo; porque por encima de todos los afectos y cariños está el supremo afán de defender a la República—dice el batallador socialista, sin mover un músculo de su rostro, todo bondad, enviando acaso, con su pensamiento, como ofrenda al hijo que murió por la democracia, la hazaña del pequeño hermano, que hoy es la alegría y la esperanza hecha realidad de los vecinos del luminoso barrio de Chamberí.

JOSÉ QUILEZ VICENTE